

Ricas hamburguesas

Diego Micucci



Image not found.

Capítulo 1

Ricas hamburguesas

Leonor observo el reloj y se apresuró a ponerse detrás de la cocina. Sobre la mesada de mármol descansaban varios recipientes con especias, una bolsa de harina, una sartén pequeña y una botella de aceite. Dos dientes de ajo, una cebolla, y más allá, dentro la piletta, dentro de un bol de plástico color verdes, había un puñado de carne. Algunas moscas rodeaban el cuenco y la mujer las espanto con un repasador. Estaba ansiosa, faltaba poco para que Eduardo llegara a cenar. Así harían las pases, ella lo perdonaría y le prepararía algo rico para demostrarle que no había ningún tipo de rencor.

Dejo de pensar en su dulce fantasía y se empezó a cocinar. Primero picó los ajos, después corto las cebollas, puso la sartén sobre el fuego y espero a que esta se calentara para saltear el ajo picado y las cebollas. Mientras esperaba a que se levantara la temperatura, fue a la heladera y saco dos tomates y una planta de lechuga. Lavo las verduras después de sacar el bol de la piletta. Un grupo de moscas emprendieron el vuelo cuando la mujer cambio de lugar el recipiente.

El sonido del aceite al crepitar le aviso que estaba listo para cocinar los ingredientes, tomo el cuenco donde estaban el ajo y las cebollas y los volcó sobre la sartén. El sonido y el aroma ascendieron, dibujaron una sonrisa en la cara de la mujer. Con una cuchara de madera revolvió para ver la cocción. Cuando estuvieron los suficientemente dorados, saco el repasador que cubría el bol con la carne y los mesclo con esta. La mujer observo el bol la sonrisa que antes le adornaba el rostro se fue torciendo en una mueca de asco. Respiro hondo como si fuera a zambullirse en una piletta profunda. Metió las manos y comenzó a mezclar, asqueándose con el sonido que producía la carne cuando se mezclaba. Un sonido baboso y regurgitaste.

Volvió a ver el reloj y se apresuró a continuar cocinado, saco de una mesada cercana una plancha, la puso al fuego y de la bolsa de harina saco un puñado para empezar a preparar las hamburguesas. las puso sobre la sartén, el olor no invitaba a querer comer, habia algo en ella, algo sospechoso. Se apresuró a cortar el pan y preparar el tomate y la lechuga para su plato. Puso una feta de queso cheddar sobre las hamburguesas y observo como se derretía, sonriendo. Veinte minutos después, se escuchó en la puerta que alguien llamaba. La mujer se apresuró a mirarse en el espejo de su habitación después de apagar la hornalla. Camino hasta la entrada y abrió la puerta mostrando una sonrisa radiante. Un hombre alto y de buen aspecto esperaba en el umbral. Saludo a la muchacha con un beso en la mejilla, pero ella tomo su rostro con sus manos y deposito un beso en los labios del hombre, que sonrió galante. Entraron en la casa y el

hombre olfateo el aire llevándose una mano al estómago.

"Estoy famélico y eso huele riquísimo"- mintio, Eduardo había ido dispuesto a que lo perdonaran.

La muchacha hizo una risita tonta y le indicó que se sentara, sacó las hamburguesas de la plancha y las puso junto al pan, la lechuga y el tomate. Sobre la mesa reposaba una jarra de jugo de naranja helado, el invitado agarró la jarra y se sirvió un vaso casi lleno. Leonor llevó una tabla de madera donde reposaban cuatro hamburguesas de aspecto delicioso. Con una indicación de la mano lo invitó a servirse. Eduardo no se hizo rogar y tomó una de las cuatro. Dio un gran bocado y emitió sonido de aprobación con la boca llena.

"Están fantásticas, Leni, tienen ese gustito dulzón, delicioso, no sabía que tenías dotes de cocinera".

La mujer sonrió mostrando sus dientes blancos, tenía los brazos cruzados sobre la mesa y parecía no tener la intención alguna de comer. Esto no pasó desapercibido al invitado quien preguntó por qué no comía.

"Las chicas solemos cuidarnos, vos sabes, para que nuestros hombres nos sigan queriendo". esto último lo dijo con una pequeña nota de rencor en su voz

El hombre asintió algo nervioso y se sirvió otra hamburguesa. Leonor veía a su amado Eduardo comer y se sentía realizada de ser responsable de su felicidad. Pronto no quedó nada sobre la tabla, después de comer Eduardo se bebió de un trago su vaso de jugo y se estiro, desabrochándose el botón del pantalón. La mujer emitió una risita al ver al hombre desperezarse.

"El postre se sirve en el cuarto". Le dijo la mujer sonriendo con picardía.

Eduardo sonrió confiado. Se sentía todo un gentleman. Buscó algo en su bolsillo, y la mujer frunció el ceño cuando se dio cuenta que era lo que su "hombre" buscaba.

"A fumar en el patio querido", le dijo ella con tono materno.

El hombre puso los ojos en blanco y se puso de pie. Salió de la cocina y camino hacia el patio.

El tiempo a solas le permitió a la muchacha pensar. Era un buen hombre, con los detalles que tienen los hombres, no pueden evitar ver a otras mujeres y tienen una tendencia a desobedecer ciertas normas. Solo necesitan alguien que los encarrille. Después de unas buenas rectificadas aprenden a comportarse, hasta tienen buenos gestos. Como Eduardo, que

a pesar de tener un desliz con una puta barata en el trabajo, había sido tan cariñoso como para regalarle un perrito.

El grito de horror y asco que llegó desde el patio sacó a Leonor de sus pensamientos. La maraña de pelos, tripas y sangre descansaba sobre la tierra negra, cubierto por una capa de moscas que zumbaban con ferocidad. Entre la osamenta, un collar de color rosado y una placa que decía Bella brillaba con la luz del patio que chocaba contra su superficie.